A ANTONIO BUERO VALLEJO

Con más conciencia.

CUANDO voy al teatro, preguntándome en Buero,
se levanta el telón como una guillotina
que perdona a mi España de perpetuo silencio,
y escucho lo posible, y el mundo en mí germina,
su milagro es el mío: Comprendo lo que es bueno.

Entre los accesorios, debajo de una silla,
no escondido, a la vista de los espectadores
que no se enteran nunca de lo que tanto grita,
busco el amor oculto, busco el lacrado sobre
con la carta secreta de un posible suicida.

Las últimas verdades, lo que siempre se calla,
el golpe de conciencia contra lo terco opaco,
lo que eleva a tragedia los aparentes dramas,
y esa nada, ese cáncer, esa luz o el espanto,
¡ay, pasa por las obras de Buero en filigrana!

Aquí está todo abierto. ¡Pasen, señores, pasen!
Aquí está lo que piensan; también lo que no piensan:
La alegría en el cero y el éxtasis del aire.
Verán lo que les pasa y a la vez la comedia
con que a medias palabras se cantan las verdades.

No hay trampa. Y, sin embargo, caben muchos niveles
de hondura, de sentido, de muerte, de conciencia.
Los altos y los bajos coinciden y comprenden.
Los altos reconocen; los bajos se acrecientan
y todo es como un golpe de amor contra la muerte.

Pero yo siempre busco la carta del suicida.
Cacheo a los actores. Ando por los rincones.
Sacudo las alfombras. Pregunto al tramoyista.
Me da miedo que Buero trate de tú a los dioses.
Me da miedo que Buero sea sólo un nihilista.

Mas ¿cómo puede serlo quien crea y quien propaga?
¿Cómo se acierta el hecho de lo bello y lo expuesto?
¿Será como jugando con los dados a nada?
¿No será como el hombre mortal, mas siempre terco,
sacrifica su vida por salvar la palabra?



GABRIEL CELAYA